



Goycochea Menéndez (Lucio Stella)

NARCISO

Una gran selva. Claridades de sol se filtran por el ramaje y penden gasas de oro en el borde de los nidos. Un manantial corre silencioso haciendo estremecer los tallos de las margaritas al pasar. Narciso se contempla en las vislumbres de la linfa. Bajo un inmenso cedro, un fauno lo mira tendido sobre la yerba con sus manos apoyadas en sus barbas de cerdas erizadas. Una dríada despeina sus bucles de oro que se enroscan como pétalos aurinos, sus brazos se extienden hacia Narciso y en sus labios vibra el arrullo de una queja.

LA DRÍADA

Abre los labios y pronuncia la palabra que suena al oído con dulzuras ignotas. Fija tus ojos en los míos, tus ojos grandes y luminosos, tus ojos azules teñidos en el oscuro zafir que pinta el cauce de una vena. Sonríe con la fuerte sonrisa del deseo, y que tu cuerpo sea a mi cuerpo, lo que dos rosas hermanas son sobre el mismo tallo en la conjunción sonrosada de sus pétalos.

NARCISO

Tu rostro es bello, esplendoroso y dulce. Tu cuerpo casto y magníficamente ondulado se estremece, como una gota de rocío sobre la seda verde de una hoja. Tu cabellera es una noche con una constelación de lirios. Pero tus frases no llegan hasta mí con rumores de besos que estremecen.

EL FAUNO

La primera palabra de Zeus fue una palabra de amor.

LA DRÍADA

Bajo la cubierta de la carne existe el corazón; y entre sus tibias y palpitantes paredes hay un germen que los ojos femeninos encienden con una chispa de luz. Y cuando él abre su flor candente dentro del alma, en el alvéolo del pecho resuenan cantos, risas, sollozos, frases vagas, tenues, incomprensibles, que vuelan con plumaje de llamas o con alas de libélulas.

NARCISO

Yo llegué hasta el palacio del Amor. Yo contemplé la gran guardia de los encantos armados con varas de azucenas. Yo he visto mil mujeres, con semilla divina entre la sangre, que me llamaban con sus ojos, con sus bocas y con sus manos, convidándome al reposo bajo los pinos poblados de cantos y de nidos.
¡Y sin embargo, mi alma permanecía fría como el alma en reposo de un cadáver!

LA DRÍADA

Para amar, es preciso querer amar. Deja que me acerque y te cantaré al oído el aire con que el viejo Pan enamora a las sirenas cuando descubre en las penumbras llenas de frescura, los secretos olímpicos de la belleza.

NARCISO

¡Que tus labios sean carne de granito! ¿No ves cómo se refleja mi rostro en la tersura de la linfa?

EL FAUNO

Los dioses y los hombres fueron creados para amar. Nadie puede esquivar la flecha de diamantes con plumaje de astros. La púrpura de Cupido es la púrpura de Aurora y de Ocaso.

NARCISO

Mi amor es mío. ¿Acaso no soy el hijo mayor de la Belleza? En el seno de

mi madre las Gracias me modelaron. Cuando me aduerto en el jardín azul de los luceros y mi torso se destaca cerca del lecho centelleante de la Madre Venus, los Dioses palidecen de envidia al contemplarme desde sus tronos de nubes fulgurantes.

EL FAUNO

Acércate a las jóvenes sin mancha, y diles la palabra que hace estallar en melodías todas las fibras del cuerpo. La gloria suprema del hombre son los hijos. Toda la grandeza humana está concentrada en las entrañas de una mujer. En cada vientre de madre hay mil gérmenes, desde el eterno del laurel, hasta el rojo del puñal.

NARCISO

Yo soy aquel que nació para amarse a sí mismo No hay mayor nobleza que la nobleza que se desprende de mi figura; no hay hermosura mejor que ésta que vive en mi rostro, en mi rostro delicado y gentil que lava la noche con gotas de rocío recogidas en ánforas de adelfas y enjuga la mañana con el gran paño de los rayos del Sol.

LA DRÍADA

Tu labio callaría, si te dejaras cubrir con el manto de mi cabellera. ¿No has escuchado nunca sobre tu carne la vibración de un beso?

NARCISO

Cuando quiero sentir esa caricia, voy a que me besen los labios de espuma de mi madre.

EL FAUNO

Fecunda a la mujer. De su amor todo te habla: la nube que besa a la nube, el lucero que ama al lucero perdido en los confines del espacio, la burbuja que se funde en la burbuja toda vestida de iris, la ola que sigue cadenciosamente a la ola, las caricias del mar sobre las suavidades de las playas...

Todo ello es apenas un remedo del amor humano. Cuando veo caminar a los donceles hacia la pompa umbría de las selvas, mis ojos relampaguean y mi flauta toca alegremente una extraña cantata.

LA DRÍADA

¡Narciso, ámame!

NARCISO

Yo no nací para admirar las carnes que florecen sobre los cuerpos en que sueñan los silenos. Yo debo permanecer puro, con la dulce pureza de los

vestales.

LA DRÍADA

Clava tus ojos en mis ojos y dime: ¿no sientes en tus nervios una cadencia?

NARCISO

Cuando tú me miras sólo entreveo la calma, fría y húmeda del sepulcro.

EL FAUNO

Quien injuria al amor, se injuria a sí mismo. Tus canas blancas solo recogerán oprobio. ¡El macho de una bestia es más noble que tú!

NARCISO

Mira cómo sonrén mis labios; ¿no parecen una flor que se entreabre? Mira cómo se encrespan mis cabellos; ¿no semejan mil ondas de espuma? ¡Quiero morir contemplándome sobre el escudo brillante de los mares!

Y desde lo alto miran dulcemente los ojos azules de Leda. Más arriba, centellean las pupilas de Zeus incendiadas en ira.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo